

Lectura póstuma de un “maquinuscreador”

Digamos que cuentos

RAFAEL SALCEDO CASTAÑEDA

Collage, Bogotá, 2018, 135 pp.

RAFAEL SALCEDO Castañeda (Ciéna-ga, 1945 - Barranquilla, 2008) es otro ejemplo más del típico caso colombiano del periodista que, en un segundo plano casi secreto, cultiva la narrativa de ficción, postergando indefinidamente la dedicación que se requiere para el perfeccionamiento de una obra en este campo y su subsiguiente publicación, a causa justamente de la absorción tiránica del periodismo. (Se trata también, valga este dato anecdótico, del amigo entrañable del poeta Raúl Gómez Jattin, a quien este dedica su conocido y hermoso poema “Que ellas perdonen a Rafael Salcedo”, perteneciente a su libro *Tríptico cereteano*.)

Salcedo Castañeda, que fue un entusiasta y activo militante del oficio informativo durante casi 40 años de los 63 que vivió, en medios tan reconocidos como el *Diario del Caribe* que dirigía Cepeda Samudio, *El Tiempo* de los Santos Montejo y los Santos Calderón y la internacional AFP, y en ciudades como Barranquilla, México y París, dejó a su partida dos novelas y un libro de cuentos, que ahora empiezan a ser objeto de edición póstuma.

Digamos que cuentos es el libro de cuentos. Comprende 26 narraciones escritas en distintas épocas, pero en las que, según informa una nota de la solapa, estuvo trabajando hasta pocos días antes de su fallecimiento. Son todas piezas más bien breves; algunas incluso ocupan solo media página o apenas rebasan la página completa. Esta poca extensión, me parece, tiene que ver de alguna manera con una característica esencial de este trabajo y de la cual era consciente su autor, tal como lo revela el título que eligió para el libro.

El título es, en efecto, a mi juicio, una declaración de Salcedo Castañeda, encaminada a advertirnos que los textos que integran su libro quizá no encajan con las expectativas que pue-

da tener un lector convencional del género, que sus cuentos se apartan de los estándares habituales, bien porque optan por el empleo de elipsis que escamotean justamente esas partes de la historia que podrían dotarla de un final en el sentido más clásico del término; bien porque deliberadamente carecen del desarrollo esperado y, por tanto, se ofrecen apenas como bosquejos o apuntes de la trama; bien porque, más que contar una historia, crean una atmósfera en la que se manifiesta una serie de sensaciones.

Desde luego, eso no necesariamente implica que no consiga piezas de lograda calidad. Su carácter inacabado o fragmentario no impide que estas logren plenamente su cometido estético en cuanto relatos, salvo algunas que no alcanzan a ser tales, sino más bien cuadros dinámicos, como “Guitarra gitana” y “Belenbelén”, dos textos dedicados a la música flamenca y cubana, respectivamente, o como “Le temblaban las manos” y “La Gardenia Azul”, que son solo escenas aisladas, recortadas de un potencial contexto. Pero aun entre estos últimos trabajos, aunque sea necesario clasificarlos en otros formatos literarios, hay hallazgos indiscutibles, como es el caso de “Guitarra gitana”:

La música con sus rugidos de mar embravecida, con sus platillos voladores, con sus naves de otra parte, con sus notas metálicas, su sonido a moderno aparato capaz de imitar el sonido del tiempo [...]. Guitarra sola, plena, hermosa, completa [...]. Se detiene, corta y cae en cascada de notas como solo una guitarra gitana las puede dar. Maravillosa guitarra gitana. Cortes con fuerza. Corte. (p. 53)

Digamos que cuentos sitúa sus anécdotas fundamentalmente en tres tipos de espacios: uno ciudadano, que en la mayoría de los casos corresponde claramente a Barranquilla, una Barranquilla que, intuye uno por varias referencias, es más que todo la de los años sesenta y setenta; otro rural, que corresponde a un pueblo costero cuyas señas explícitas permiten identificarlo con Salgar, corregimiento de Puerto Colombia que constituye uno de los balnearios más tradicionales del departamento del Atlántico; y un tercero

pueblerino o semipueblerino, que parece corresponder a la población de Ciénaga, Magdalena.

La variedad de los ambientes va emparejada con la de los temas: los conflictos de la vida conyugal; la violencia social y política, que incluye una alusión a un tópico clásico de la narrativa del Caribe colombiano, la Masacre de las Bananeras, así como una aproximación reflexiva y filosófica a la muerte; los animales domésticos, sobre todo los perros abandonados en la calle; el cine; el carnaval y su desinhibición sexual; el erotismo; la amistad y el amor juveniles de barriada; la impotencia de los desempleados vergonzantes y, ya lo dijimos, la música.

Sobre los animales domésticos —un tema que ha alcanzado notable auge en la narrativa de nuestro tiempo—, hay una narración sobresaliente, “Orejas”, sobre un “perro playero de rebusque” que poco a poco, tras varias incursiones de reconocimiento, es adoptado por los habitantes de una casa situada al borde del mar, casi tan pobres y solitarios como el animal mismo.

Pero hay otro tema que quiero mencionar y es el de la creación literaria misma, al que Salcedo Castañeda le dedica tres cuentos: “Si encuentran un ronquito”, “Damari” y “No importa”. Esta notable presencia de la metafiction en el libro no es gratuita: nos revela, creo, las angustias y las dificultades que padecía el autor para sacar adelante (para “maquinuscrear”, de acuerdo con su propio neologismo) sus proyectos narrativos de ficción. “Damari” es particularmente un acierto: narra el episodio de un escritor que, una tarde, en su casa, se sienta a tratar de escribir algo, pero que, pese al esfuerzo consciente que se autoimpone, no logra crear nada y termina divagando sobre la literatura misma y sobre la “tarea ardua” que comporta su ejercicio. El acierto radica en que el texto que leemos es justamente el que a la larga logró pergeñar el personaje del cuento: un texto que se mira a sí mismo, que se cuenta a sí mismo, y que por tanto habla sobre “este montón de palabras que deja salir y escribe sobre papel periódico [...], sin saber si terminarán de agruparse de otra manera algún día, si pondrá un fin o algo por el estilo, y si en el fondo tienen algún sentido” (p. 30). Un texto irónico, lúdico, irreverente y

deshilvanado en el que hallamos este párrafo llamativo, deliberadamente cacofónico: “Esta literatura sobre la literatura no es literatura sino amagos de literatura de alguien que ama la literatura por razones que no entiende muy bien” (p. 31).

El narrador de “Damari” parece igualmente tratar de justificar al autor Rafael Salcedo Castañeda: “No hay que haber logrado ser publicado para ser un escritor”. Aserto que por otra parte también nos remite al problema que, en su libro *Los logócratas*, plantea George Steiner acerca de cuál es el “grado de existencia” de una obra literaria “que no se lee” y de lo necesaria que es o no la recepción “para la vida de un texto”.

Joaquín Mattos Omar